

Sesenta días de la presidencia de Fernando de la Rúa

Reconstruir el Estado legítimo

Por Raúl Alfonsín

Para LA NACION

De los primeros sesenta días del gobierno presidido por el doctor Fernando de la Rúa resaltan dos características muy visibles. La primera, que con una especial capacidad de mando y una natural predisposición al diálogo, el jefe del Estado ha convertido en fortaleza lo que parecía una extrema debilidad, esto es, la presencia de actores políticos en el Senado, en las provincias y en los gremios, por caso, de pertenencia a la oposición. La segunda, la impronta de un estilo austero, cristalino, que marca un claroscuro absoluto con lo vivido en la época pasada.

Sin embargo, lo antedicho configura sólo la corteza, la superficie pero no el núcleo central de sus políticas. La verdadera esencia de los pilares del gobierno de la Alianza en estos primeros dos meses, y que significará seguramente su filosofía para los años venideros, es la reconstrucción del diálogo generador del consenso como método para la sustentación del Estado legítimo, y desde luego la recreación de la política, que es su núcleo basamental. El pensamiento de Nicolás Ténzer cobra al respecto especial significación, cuando decía que "la política, a la hora en que se disuelven las comunidades tradicionales, es fundamentalmente el establecimiento de una comunicación entre el ciudadano, es decir, de una discusión guiada por principios comunes, el primero de los cuales es el consenso sobre la necesidad de edificar una sociedad política".

Esto se enlaza con las especiales circunstancias que está viviendo la Argentina, que reclama, como se ha señalado en un editorial de este diario, una revolución ética, en tanto que algunos

La Argentina reclama políticas activas que acerquen la economía a la ética

dirigentes que aún viven en el pasado escépticamente entienden que la corrupción de los gobiernos se mantendrá para siempre, pues tiene la edad de Cristo.

La ética no está constituida exclusivamente por conductas intachables, que desde luego son imprescindibles, sino también por políticas activas que acerquen la economía a esa ética, justamente lo que se propone el Gobierno con una política impositiva muy dura para los contribuyentes, pero que al par de procurar enjugar el déficit fiscal pretende permitir que la vivienda llegue a los sectores más postergados -entre los que aparece hoy dramáticamente la clase media- y que la cobertura médica sea para todos, que desaparezca el hambre, que exista realmente igualdad de oportunidades en la educación y se dé un impulso definitivo a las pequeñas y medianas empresas, tanto agropecuarias, como industriales, y al cooperativismo, dentro de un marco social y de crecimiento progresista con un fuerte esfuerzo por recuperar la capacidad de decisión nacional, abandonada como tantas otras cosas en el período que siguió al fin del Estado gestor, pero que terminó en un Estado engordado, inútil, sin función, tan sólo, quiera las de un control ordenado, convencidos sus ejecutores de que bastaba seguir fielmente los postulados de la revolución conservadora dictados por los países centrales dentro de la filosofía de la cultura de la satisfacción, que tan ciertamente definió John Kenneth Galbraith.

Prescisamente este autor norteamericano es quien permite entretejer la esencia de la política impositiva del Gobierno, dolorosa, sí, pero enredada en los grandes fines que permitan finalmente a los argentinos darnos un modelo

de desarrollo económico y social ausente a través de la historia. Dice Galbraith que "el único plan eficaz para reducir la desigualdad de rentas inherente al capitalismo es el impuesto progresivo sobre la renta; nada ha contribuido en la era de la satisfacción con más fuerza a la desigualdad de las rentas que la reducción de impuestos a los ricos; nada contribuiría tanto, como ya se ha dicho, a la tranquilidad social como unos gritos de angustia de los muy ricos".

Me parece que vamos por ese camino: los satisfechos -me refiero a la íntima satisfacción interior- hoy somos los que creemos que sólo el progreso y la eliminación de las desigualdades permitirán la subsistencia de un proyecto de país encaminado a un capitalismo social de ancho base, que elimine los factores de alteración de paz social, aquellos que abren camino al extremismo de la Rúa y su gabinete altamente jequarizado deberán ser los protagonistas de ese cambio tan auspicioso como necesario. LA NACION

El autor es presidente de la Unión Cívica Radical. Fue presidente de la Nación.

Ayudaremos al buen gobierno

Por Domingo F. Cavallo

Para LA NACION

FERNANDO DE LA RÚA comenzó bien su mandato. Con un gabinete de personas reconocidas por su capacidad y el objetivo claro de ajustar las cuentas públicas.

La actitud que han adoptado muchos de sus funcionarios, el vicepresidente Carlos Álvarez y el presidente mismo han tenido un impacto positivo en la ciudadanía. Los últimos años del gobierno anterior fueron especialmente irritantes en sus excesos y en su ostentación. Ver ahora a dirigentes dispuestos a vivir como ciudadanos comunes, en forma austera y sin aprovecharse de los privilegios del poder, es para todos un símbolo alentador.

En cuanto a la reforma impositiva, es público y conocido que nuestro bloque de diputados no apoyó el proyecto oficial. Durante la campaña fuimos explícitos en el compromiso de eliminar impuestos distorsivos y no quisimos votar en contra de nuestras convicciones.

La idea que defendimos en el debate es que el ajuste fuera realizado, no sobre los contribuyentes de clase media, sino más bien

sobre las finanzas de las provincias, que en muchos casos muestran desajustes inadmisibles. Pero nuestra posición no tuvo eco favorable en la cámara.

Hoy, la gente no duda en mostrar su mal humor por el peso de la carga impositiva y por no haberse suspendido el cobro del impuesto docente (con devolución del dinero a las personas que lo hubieran pagado).

Pero la legitimidad del nuevo gobierno y la expectativa de vivir un nuevo período de reactivación vencerá todas las resistencias y permitirá al Gobierno reducir el déficit fiscal y sobrevenir un año todavía signado por la recesión.

Más allá del tema impositivo, De la Rúa sabe que cuenta con el apoyo de nuestro bloque de diputados para todas aquellas iniciativas positivas que hagan al buen gobierno. Así lo hemos manifestado públicamente: queremos mantener una actitud constructiva.

Tendrá nuestro apoyo para sancionar la reforma laboral porque es un paso importante para resolver el problema más grave que afecta a los argentinos: la desocupación. Y también lo tendrá en los demás proyectos beneficiosos para el país.

Pero, ¿cuál es el principal apoyo que podemos brindar para que lleve adelante un gobierno exitoso? El desafío que hemos asumido es acompañar el proyecto nacional con una gestión ejemplar desde el gobierno de la ciudad de Buenos Aires.

En efecto, una administración eficaz del segundo presupuesto del país, con soluciones concretas para los vecinos de la ciudad más grande y más compleja de la Argentina, es un aporte invaluable a la tranquilidad del nuevo mandatario.

De la Rúa sabe que no es nues-

La expectativa de vivir un nuevo período de reactivación vencerá todas las resistencias



La defensa del trabajador

Por Eduardo Duhalde

Para LA NACION

Todo ello ha colocado a nuestro país en una situación de debilidad cuando debe negociar con los factores económicos y financieros internacionales o impulsar un proceso de reactivación. Esa situación de debilidad

Los hombres y mujeres del país no pueden seguir soportando la carga de la crisis

se puso de manifiesto en las recientes negociaciones con el Fondo Monetario Internacional, que sigue con sus tradicionales recetas que, si se cumplen a rajatabla, pueden conducir a una mayor recesión y desocupación en el nivel nacional y provincial.

Es necesario reducir el déficit fiscal, pero también recordar que el país se compone de hom-

bres y mujeres que no pueden seguir soportando sobre sus hombros la carga de la crisis, especialmente en aquellos sectores de más modestos recursos, que continúan descendiendo en la escala de la pobreza y no se humano sometidos todavía a mayores sacrificios.

También se debe examinar cuidadosamente la gravitación de la presión impositiva sobre los empresarios y de la flexibilización laboral sobre los trabajadores. Es deber del Estado garantizar la equidad impositiva e ilusorio pretender aumentar la recaudación agotando la capacidad tributaria de quienes cumplen. Ese peligroso camino nos llevará a profundizar la recesión. Por el contrario, de lo que se trata es de combatir la evasión en todos los frentes.

En cuanto a la reforma laboral, tan en boca en estos días, tiene indudablemente como objetivo final

la rebaja de salarios. Aprovechando el descrédito de parte de la dirigencia sindical, se corre el riesgo de arrasar los derechos elementales de los trabajadores e imponer el miedo al despido como ley suprema de la relación laboral.

A los trabajadores los van a defender sus organizaciones gremiales, pues el Gobierno está atado por compromisos con los organismos financieros internacionales y más allá de la buena voluntad de algunos de sus miembros, la ayuda seguramente no ha de venir.

Por lo tanto, debe ser el justiciero el que se maneje en el estrecho sendero que, por un lado, exige acompañar a los que ganaron y, por el otro, no renunciar al legado histórico que es la defensa de los hombres de trabajo. LA NACION

El autor fue vicepresidente de la Nación, gobernador de la provincia de Buenos Aires y candidato a la presidencia de la Nación por el Partido Justicialista.

tra intención echar por tierra lo que hizo como jefe de gobierno. Por el contrario, vamos a continuar con las cosas buenas de su gestión y acompañarlas con nuevas iniciativas que proyecten a Buenos Aires -definitivamente- al nivel mundial en seguridad y calidad de vida.

Tampoco es mi candidatura a jefe del gobierno de la ciudad un trampolín para, desde allí, competir políticamente con él. Ya he confirmado que pretendo gobernar Buenos Aires por ocho años, porque es el tiempo mínimo necesario para producir una verdadera transformación.

La gran mayoría de los porteños está dispuesta a pensar muy bien su voto. Saben que lo mejor que puede hacer la Alianza en estos momentos cruciales de su gobierno es concentrarse en los grandes desafíos del país: salir de la recesión, crear fuentes de trabajo y consolidar las instituciones.

Los argentinos dieron en este sentido una lección de madurez ciudadana en las últimas elecciones. Porque repartieron el poder, votaron al justicialismo en las provincias y a la Alianza en las elecciones presidenciales. Repartir el poder es la mejor manera de asegurar mayor transparencia y mayor control y mayor competencia entre los políticos por ser mejores gobernantes.

En Buenos Aires, si gana nuestra propuesta, habrá un gobierno de distinto color político, pero totalmente consultado con la tarea de gobernar bien. La mejor ayuda para el Presidente es que exista en la ciudad un equipo capacitado para generar una alternativa constructiva. LA NACION

El autor es diputado de la Nación. Fue candidato a la presidencia de la Nación por el partido Acción por la República.

LA HABANA (The Economist) IZANDO la voz por sobre los estertores del motor, la batalla del trébol sí. Ezra me pregunta con orgullo: "¿Qué le parece mi auto?" Su auto es un Dodge 1975. Para subir las ventanillas hay que asir el vidrio y tirar de él; una puerta sólo se abre desde adentro; otra, sólo desde afuera, y ninguna se cierra con traba. En el tablero de mandos, las agujas comen las agujas comen inmóviles en sus dials. "Si lo hubiera visto cuando lo compré? Estaba a la miseria", comenta en tono jovial. En su país de origen, valdría más el auto que en chatarra. Pero estamos en Cuba. Ezra pagó por él 4.000 dólares, y debió gastar otros 200 sólo para ponerlo en marcha.

Los autos provechosos son, junto con los cigarrillos y el Che Guevara, uno de los símbolos más potentes de Cuba. Hay de todo, desde enormes modelos norteamericanos anteriores a la revolución castrista de 1959, incluidos y borachos de nafta, hasta algunos Lada y Volga menos fascinantes pero igualmente descriptivos, importados de la ex Unión Soviética. El mercado de automóviles es un microcosmos de la retorcida economía cubana, extrañamente distorsionada por rigurosas normas de control: un coche que se valore por su condición legal, más que por su antigüedad, aspecto o estado.

Aparte de las empresas, los únicos cubanos que pueden obtener un permiso para comprar un auto nuevo importado son los

Donde los autos nunca mueren

artistas, diplomáticos y otros grupos de élite; además, sólo pueden venderlos a miembros de su mismo grupo. Lo mismo vale para los extranjeros. Por lo general, la gente común que tiene auto lo consiguió como un favor del gobierno y es está prohibido venderlo... salvo naturalmente, al gobierno.

Los únicos autos con traspaso (permiso de compraventa libre) son anteriores a 1959 o adquiridos, con autorización especial, en reemplazo de un modelo prerrevolucionario. Son verdaderas piezas de museo y a medida que algunas son desbucadas, los precios de las restantes suben. Hay un mercado negro de coches sin traspaso, donde se compran o venden a menor precio por el

riesgo que ello implique. El propietario original del auto, cuyo nombre sigue figurando en la documentación oficial, podría rescatarlo de repente. Un auto sin traspaso tasado en 2000 dólares podría venderse por 3500 si lo tuviera.

Los precios nada tienen que ver con la imagen, el prestigio y otros factores estéticos. A la mayoría de los cubanos les importa que su auto funcione, más que la posibilidad de venderlo por una fortuna a un revendedor norteamericano de autos antiguos (cuando los Estados Unidos levanten, finalmente, el embargo comercial). Por ejemplo, los Lada, que en Europa occidental pasaron a simbolizar la burda manufac-

tura comunista, en Cuba son muy buscados por la relativa abundancia de unidades y resistentes. Un Lada en buenas condiciones alcanzará los 400 dólares sin traspaso, y los 900 teniendo. En cambio, el clásico Chevrolet 1957 no valdrá mucho más de 5000 dólares.

Al feliz propietario de un coche no le resulta nada barato mantenerlo en uso debido al severo racionamiento del petróleo, para conseguir nafta a menudo hay que conocer al expendedor. En una estación de servicio, el cliente debe sacar el dinero del auto, en un bidón plástico, de venta callejera y origen menos confiable, podría costar 50 centavos. Si tenemos en cuenta que el salario medio es de 10 dólares mensuales, el solo hecho de que un cubano lleve a tener auto y lo use es una prueba de ingenio y la desesperación de un pueblo. LA NACION

(Traducción de Zoraida J. Valcarlos)